

INCIDIR EN LA HISTORIA

DESDE LA PRACTICA LATINOAMERICANA DE EDUCACIÓN POPULAR

Oscar Jara H.

Conferencia inaugural del IV seminario internacional "Universidad y Educación Popular".
Universidad Federal de Paraíba, Joao Pessoa, Brasil, 26 de julio 1994

Quiero agradecer primero que todo, el honor que me ha hecho el comité organizador de este seminario al proponerme que reemplace en esta conferencia inaugural al padre Fernando Cardenal, quien no puede estar presente debido a una enfermedad de su padre. De todos modos la presencia de Fernando será insustituible, no sólo por las ideas que él podría compartir con nosotros esta noche, sino, fundamentalmente, porque él mismo es un testimonio vivo de coherencia y consecuencia como educador popular y como militante, y así lo ha demostrado a lo largo de muchos años como luchador sandinista frente a la dictadura de Somoza, como coordinador de la Cruzada Nacional de Alfabetización de Nicaragua, como el Ministro de Educación que apostó por convertir todo el sistema educativo a la lógica de la educación popular y, actualmente, contribuyendo desde el Instituto Nicaragüense de Educación de Adultos de América Latina. La búsqueda de mayor coherencia entre la ética y la política, es, hoy en día una de sus principales tareas y preocupaciones, como debe serlo también de todos nosotros.

Una anécdota para pensar

Preparando algunas ideas para compartir con ustedes hoy, recordé una experiencia que me sucedió durante un taller de metodología en Sao Paulo, en 1989: estábamos proyectando un video sobre un trabajo de educación popular en Nicaragua, cuando, al fondo del salón, dos participantes -un hombre y una mujer- se ponen a conversar y, de pronto, lanzan un grito de alegría y sorpresa que nos llamó la atención a todos. ¿Qué había sucedido? Que, en un momento de la proyección, él le dijo al oído a ella: "esa escena me recuerda a cuando yo tenía 18 años y hacía, con una compañera, un trabajo político en un barrio, antes del golpe militar del 64...". siguieron conversando sobre eso, hasta que ella le preguntó: ¿y qué nombre usabas tú en ese tiempo?. El le responde: "Felipe". "ajá -dice ella-¿y cómo se llamaba la muchacha?". El le contesta: "ella tenía unos 17 años y usaba el nombre de Luisinha". Ahí es cuando se produjo el grito que les contaba, porque, en ese momento, ella le dijo: "yo soy la que usaba el nombre de Luisinha...".

Claro, habían pasado 25 años desde entonces: él ya no tenía 18 sino 43 y ella 42: no se habían vuelto a ver porque, luego del golpe, el viajó a Río Grande do Sul y al exilio y ella vino aquí al Nordeste.... y se encontraron, de casualidad, 25 años después, ¡en un taller de educación popular!.

El recuerdo de esta historia me hizo pensar en algo que me parece importante enfatizar aquí: por una parte, que las historias personales de los educadores populares, no son sólo individuales, sino que son expresión de las tensiones y los desafíos de la sociedad en que vivimos. Esos 25 años vividos por Luisinha y Felipe, que se acumularon en su trayecto personal, son -seguramente- manifestación de la historia del Brasil en ese período. Por ello, ante los cambios que vivimos actualmente, tenemos que reafirmar que la historia latinoamericana no ha pasado en vano, no debe pasar en vano; y es responsabilidad nuestra que no pase en vano.

Por otra parte me gustaría poner énfasis también en la dimensión subjetiva de la anécdota que acabo de contar; las experiencias de educación popular no son simples actividades de estudio y reflexión. Son espacios vitales de encuentro entre las personas: son experiencias que nos cambian la vida.

Tres exigencias para nuestro quehacer

Basado en todo esto, quisiera que el tema de esta conferencia no fuera abstractamente tratado como "Los desafíos actuales de la educación popular", sino enfocarlo más bien en el sentido de las exigencias actuales que esta época nos plantea a nosotros, educadores y educadoras populares latinoamericanos.

De las muchas exigencias que hay, quisiera concentrarme en tres, que considero de vital importancia:

- 1) Recuperar críticamente el acumulado histórico de las experiencias de educación popular de América Latina.
- 2) Aportar a la construcción de otro tipo de poder, a una forma diferente de pensar y hacer la política.
- 3) Incidir de una forma cualitativamente superior en los procesos sociales, desde nuestra especificidad educativa

1) La exigencia de que recuperemos críticamente el acumulado histórico de las experiencias de educación popular en América Latina.

A estas alturas del siglo XX, creo que es hora de dejar de hablar de "la" educación popular, como si hiciéramos referencia a un concepto y una práctica uniforme y

homogénea -y por tanto estática-. Deberíamos hablar, más bien, de los procesos de educación popular, para referirnos así a la enorme diversidad de prácticas que palpitan a lo largo y ancho de nuestro continente.

De esta manera, podríamos comprender mejor los límites y las potencialidades de esos procesos, en sus respectivos contextos, tomando en cuenta sus especificidades particulares. Podríamos, además, comprender mejor no tanto los discursos acerca de la educación popular, sino las prácticas efectivas, tal como están llevándose a cabo, con sus virtudes y sus contradicciones, sus afirmaciones e incoherencias.¹

Quiero insistir en este punto, porque me parece fundamental situar el debate latinoamericano actual en torno a la educación popular en función de entender y transformar las prácticas, lo cual exige que quienes sean protagonistas de este debate sean los practicantes de la educación popular -en sus distintas variantes- y no sólo quienes la estudian. Esto implica, por lo tanto, preguntarse primero: ¿desde qué práctica estamos debatiendo?, ¿desde qué práctica y en función de qué práctica nos estamos interrogando acerca de la educación popular?. De ahí que me parezca muy valioso profundizar desde abordajes particulares, como el de este seminario sobre “Universidad y educación popular”, planteándonos ¿qué tienen que preguntarse hoy los procesos de educación popular que se realizan específicamente desde las universidades?.

Recuperar entonces, el acumulado histórico de las experiencias de educación popular, es una exigencia práctica y teórica de la época que vivimos. Hacerlo significa entender ese acumulado histórico (que incluye presente) como una fuente privilegiada de aprendizaje para el futuro, y no como una época pasada “que nada tiene que contribuir a los nuevos desafíos. Significa reconocer que el germen de muchas respuestas para el porvenir, se puede hallar en esa riquísima, diversa y palpitante experiencia acumulada de educación popular y de la cual aún no hemos extraído todas sus enseñanzas. Supone ubicarnos críticamente como educadores populares, en una relación dialéctica entre lo viejo y lo nuevo, para contribuir a la refundamentación de la educación popular, desde la práctica latinoamericana de los educadores y educadoras populares.²

¹ En la consulta sobre formación de educadores populares, organizada por el CEAAL y en la que participaron más de 130 experiencias de todo América Latina, se llegó a constatar que existiendo un discurso general coincidente, este está cubriendo una multiplicidad de prácticas disímiles que se denominan de educación popular, pero que no logran dar cuenta coherente de su carácter y proyección efectiva. “Nuestras prácticas, perfil y perspectivas en la formación de educadores populares en Latinoamérica. CEAAL, México 1993.

² Esto ha colocado con renovada vigencia la necesidad de contar con propuestas de sistematización de experiencias, que tengan un más profundo sustento epistemológico y –a la vez- cuenten con pautas metodológicas y operativas viables.

Estamos ante un cambio de época

Efectivamente: estamos ante un cambio de época, en el que tanto las preguntas como las apuestas para los educadores populares son más decisivas y quizás más definitivas. No voy a detallar en qué consisten los cambios de este nuevo período, porque últimamente se ha escrito mucho y bien al respecto. Marco Raúl Mejía, por ejemplo³, ha precisado muy bien las características de esta nueva época en lo que compete a cambios en las formas de conocer, modificaciones culturales, crisis de modelos interpretativos y reestructuración de las relaciones políticas, entre otros aspectos; Carlos Núñez, por su parte, ha enfatizado en las nuevas posibilidades de construir un pensamiento propio, liberados de las ataduras de moldes y modelos⁴. En fin, vivimos un período privilegiado para la creación.

Recuperar, entonces, nuestro acumulado histórico, es una exigencia de los tiempos que vivimos, para contribuir a recrear la teoría desde los “encuentros y desencuentros” que nos producen los contextos en que trabajamos. Aprender de lo vivido para refundamentar y , por tanto, para orientar con nuevas proyecciones nuestras prácticas.

2) La exigencia de que aportemos a la construcción de otro tipo de poder, a una nueva forma de pensar y hacer la política.

Es muy conocida la afirmación que dice que los procesos de educación popular son procesos *político-pedagógicos* o *pedagógico-políticos*, entendidos estos dos factores como partes de un único proceso: es decir, procesos en que se busca la formación de las personas de los sectores populares, como sujetos críticos y creadores, capacitados para comprender, proponer y actuar en todos los campos de la vida económica, social, política y cultural. Procesos en los que se construye un protagonismo popular.

Yo creo que esa afirmación se mantiene vigente y hoy hay que recalcar el carácter político-pedagógico de los procesos de educación popular, ante quienes pretenden dejar de lado su intencionalidad política, como si fuera algo del pasado.

Otra forma de entender el poder

Sin embargo, hay precisiones y autocríticas importantes que hay que hacerle a esa afirmación. Por ejemplo, que antes se entendió muchas veces esa intencionalidad

³ En el artículo *Fundamentos para una nueva agenda latinoamericana*, Revista La Piragua nº 7, CEAAL, 1994

⁴ Ver: Núñez, Carlos, *Paraíso para pensar*, revista América Libre, nº11, BsAs.

política como una mera “transmisión de ideología” o como un aporte a la “toma del poder” de la administración del Estado. Se entendía que el Estado era el único o el principal constructor de sociedad y que, por tanto, logrando acceder a su administración, se podría cambiar la sociedad.

Hoy necesitamos recalcar en las múltiples formas de manifestación y ejercicio del poder; insistir en que se debe construir una nueva sociedad y nuevas relaciones sociales, fundamentalmente desde la sociedad civil y que es preciso fomentar un encuentro entre ésta y la sociedad política, para que la representación, la gobernabilidad, la dinámica de cambios en el Estado esté alimentada por la dinámica viva de los procesos y los sujetos sociales.

Se trata, por tanto, no sólo de buscar cómo acceder al poder formal, ni de acceder a él de otra manera, sino de construir otro tipo de poder: un poder construido y ejercido con otra lógica y otros valores.

- a) el poder *asumido como servicio*.
- b) el poder entendido como *responsabilidad asignada* sobre la cual se debe rendir cuentas.
- c) El poder entendido como *ejercicio compartido* y no como algo que se debe concentrar.

Esto implicará darle otro sentido a la representación política y a la relación entre gobernantes y población.

Aquí es donde surge la exigencia para nosotros, educadores y educadoras populares, de aportar con nuestro trabajo, nuestro pensamiento y nuestro ejemplo a construir un sentido ético y político nuevo, que permita generar otras relaciones entre las personas y otras relaciones entre los grupos sociales y las fuerzas políticas: relaciones basadas en valores como la solidaridad, la esperanza la indignación ante lo injusto; la credibilidad en el otro y la autovaloración de uno mismo: recrear nuestras identidades individuales y sociales. Los procesos de educación popular están llamados a formar nuestra subjetividad para construir un nuevo proyecto histórico.

Un proyecto histórico popular

Realizar un proyecto histórico popular, es una tarea colectiva, que requiere un imaginario compartido, creencias y apuestas comunes, que le dan sustento a la acción organizada de los distintos sujetos sociales y políticos.

Realizar un proyecto histórico popular no es una tarea que se pueda delegar en una supuesta “vanguardia”, ni es una tarea de la que se puedan encargar los tecnócratas.

Realizar un proyecto histórico popular, alternativo, supone formar a los sujetos que van a crear las alternativas, que las van a inventar, que las van a poner en práctica, que van a pelear por ellas, que van a creer en ellas.

Por eso, los educadores populares estamos llamados a aportar al fortalecimiento y la renovación de todos los espacios de acción, organización y representación social y política. Aportar a que exista una participación popular y democrática efectiva: crítica, afirmativa y creadora.

Mucho se habla hoy de la “participación”: nosotros tenemos que impulsar la “P” de “Participación”, relacionándola con otras “P”; Participación, para generar Propuestas, que permitan ejercer Presión por parte de la gente, y así incidir en la definición de las Políticas.

Así, los educadores populares debemos aportar a construir otro tipo de poder; que se ejerza desde la ciudadanía, desde los espacios locales, desde una nueva forma de militar en una organización social, partido o movimiento político, desde una forma distinta de gobierno. Un tipo distinto de poder que apunte a la constitución de una cultura política democrática. Por eso, los educadores populares estamos llamados a dar nuestro aporte de formación para la radicalización de la democracia y de las relaciones democráticas. Para ir haciendo realidad -desde ahora- un proyecto democrático de sociedad que responda a los intereses de las mayorías, los intereses populares.

Termino este segundo punto sugiriendo que nos preguntemos, en este seminario: ¿de qué manera las universidades están contribuyendo a esta tarea, desde sus propias formas de hacer educación popular; desde su aporte investigativo, formativo, informativo, de debate: desde su compromiso con las mayorías y desde su propio funcionamiento institucional?

3) la exigencia de incidir en los procesos sociales de forma cualitativamente superior, desde nuestra especificidad educativa.

Se trata de una exigencia a los educadores y educadoras populares, que implica mayor consistencia y rigor teórico y mayor coherencia en nuestro quehacer práctico. De otra forma seguiremos haciendo más de lo mismo y no podremos incidir de forma cualitativamente superior.

Con razón se ha hablado de una necesaria re-fundamentación de la educación popular latinoamericana, es decir una recreación de los fundamentos sobre los que se sustenta esta propuesta práctica y teórica a la luz de las nuevas condiciones. Algunos han hablado -equivocadamente, desde mi punto de vista- de una “re-fundación” de la educación popular, o sea fundarla de nuevo, lo cual no tendría ningún sentido, salvo que pensemos que la historia se acabó y está empezando otra nueva.

Para refundamentar nuestro quehacer, y como condición para realizar un salto de calidad, será necesario hacer un honesto ejercicio de autocrítica, y muy profundo, para no hacer concesiones a las debilidades reales que padecemos y para no caer en polarizar innecesariamente entre nosotros un debate que puede ser muy destructivo. En esta autocrítica, definitivamente tendremos que reconocer que ha habido una tendencia a “sobreideologizar” las propuestas de educación popular en el pasado; pero también habrá que dar cuenta de la existencia de una reacción a lo anterior, que podríamos llamar de “pedagogicismo” y que pretende negar su carácter o su sentido político.

Tensión entre necesidades y capacidades

Refundamentar nuestra propuesta y nuestra apuesta de educación popular, implicará también poner particular atención a esa antigua tensión dialéctica que se renueva históricamente: la tensión entre las necesidades y las capacidades.

Aquí vale la pena precisar, que cuando hablamos de necesidades estamos refiriéndonos a todo tipo de necesidades humanas, tanto a las necesidades básicas, como alimentación, vestido, vivienda, etc., como a las necesidades radicales, en el sentido como las entiende Agnes Heller⁵, es decir, de felicidad, de desarrollo pleno de la personalidad, de disfrute de las relaciones con los demás, del ejercicio de la libertad, de crear, etc.

Y cuando nos referimos a capacidades, estamos haciendo referencia a aquellos factores, tanto teóricos como prácticos, que permiten satisfacer esas necesidades: capacidad de comprensión, de diálogo, de propuesta, de negociación, decisión o gestión.

En esta tensión dialéctica, se sitúa claramente la exigencia de que demos un aporte cualitativamente mayor con las experiencias de educación popular: que sean procesos de formación de esas capacidades en la personas. De ahí la importancia de ir más allá de ser simplemente proyectos educativos para convertirse, en procesos de formación. Los proyectos son limitados, se agotan. Los procesos deben ser permanentes, generar capacidades autónomas, que se renuevan constantemente ante nuevas circunstancias.

Recuerdo aquí dos imágenes que he oído recientemente: la primera, impulsada por el movimiento que lideran Ruben Blades y Raúl Leis en Panamá, el movimiento Papa Egoró: ellos hablan de “sembrar la buena semilla”. Quizás estos son para nosotros, tiempos de sembrar, más que tiempos de cosechar, y deberíamos estar satisfechos con los tiempos de buena siembra como con los de buena cosecha.

⁵ Al respecto, ver el interesante estudio de Alfonso Ibáñez: *Agnes Heller: la satisfacción de las necesidades radicales*, ed. Alforja, Dei, San José, 1991

La otra imagen, me la dijo una amiga cubana el otro día, cuando me hablaba del entusiasmo que se está produciendo en la isla con las experiencias de educación popular que impulsan la participación creadora y crítica de la gente en los barrios y está penetrando en el mismo sistema educativo oficial. Ella me decía: “estamos descubriendo que la educación popular es algo así como la lámpara de Aladino”. Yo le dije “¿y cómo es eso?”, “sí -me dice- uno la frota y surge el genio de la creatividad y la capacidad de la gente... y ese genio es una maravilla”.

Construir y apropiarse de un nuevo conocimiento

Los educadores populares tenemos la exigencia de organizar y conducir procesos en los que la gente produzca, construya y se apropie de nuevos conocimientos. Procesos en los que se genere la capacidad de conceptuar y no sólo se aprendan conceptos. Cuando uno hace el proceso de construir un conocimiento a partir de la práctica y conceptualiza, en realidad no sólo “entiende” las situaciones, sino que les da sentido. Por tanto, surge la necesidad de buscarle coherencia en la práctica. La conceptualización no es sólo un ejercicio intelectual, es un impulso a la coherencia práctica.

La producción colectiva de conocimientos permite formar concepciones colectivas, convicciones y utopías que se confrontan con lo que sucede. La dimensión pedagógica de producir, construir y apropiarse de conocimientos, no es una gimnasia mental, es un ejercicio de cuestionamiento de la práctica con vistas a su transformación. Muchas veces nos acostumbramos en los espacios educativos a hablar y a decir las primeras ideas que se nos ocurren; tenemos que empezar a sentirnos interpelados, cuestionados, confrontados por lo que decimos, por nuestras propias palabras.

Todo esto implica ser más rigurosos en nuestra labor de educación popular, de tal manera que sean procesos de producción de conocimientos, procesos de construcción y apropiación de habilidades y procesos de edificación y reafirmación de valores.

Cerrando ya esta tercera y última exigencia, permítanme decir que se trata, en definitiva, de aportar, de forma cualitativamente superior a crear una nueva teoría y una nueva práctica de transformación social y de creación de relaciones humanas y con el mundo. Y este aporte, hacerlo desde los espacios educativos, que son teórico-prácticos, donde dialogan y se confrontan saberes y conocimientos, búsquedas y afirmaciones.

En síntesis, amigos y amigas, pongo esta noche a consideración de ustedes, como inicio de las actividades de este IV Seminario sobre Universidad y Educación Popular, estas tres exigencias: Recuperar críticamente el acumulado histórico de las experiencias de educación popular en América Latina; aportar a la construcción de otro tipo de poder e incidir cualitativamente mejor en los procesos sociales.

Estas exigencias y desafíos, no son para “la educación popular” en abstracto, son para nosotros, educadores y educadoras populares de carne y hueso. Nacen de una

convicción fundamental: que vivimos tiempos de cambio, pero que estos tiempos también tienen que cambiar. Que la historia no se ha detenido y tenemos la responsabilidad de preguntarnos hacia donde la queremos dirigir.

Permítanme terminar con un poema de Bertolt Brecht, que aunque escrito hace más de 40 años tiene una innegable actualidad:

Loa de la dialéctica:

*Con paso firme se pasea hoy la injusticia.
Los opresores se disponen a dominar otros diez mil años más.
La violencia garantiza: "Todo seguirá igual".
No se oye otra voz que la de los dominadores y en el mercado grita la explotación:
"Ahora es cuando empiezo".
Y entre los oprimidos, muchos dicen ahora:
"Jamás se logrará lo que queremos".*

*Quien esté vivo no diga "jamás".
Lo firme no es firme.
Todo no seguirá igual.
Cuando hayan hablado los que dominan,
Hablarán los dominados.
¿Quién puede atreverse a decir "jamás"?*

*¿De quién depende que siga la opresión?
De nosotros.
¿De quién que se acabe? De nosotros también.
¡Qué se levante aquél que está abatido!
¡Aquél que está perdido, que combata!*

*¿Quién podrá contener al que conoce su condición?
Pues los vencidos de hoy son los vencedores de mañana
y el jamás se convierte en hoy mismo.*